



VÍCTOR
SAMPEDRO BLANCO

**VOCES
DEL 11-M**
VÍCTIMAS
DE LA
MENTIRA

VÍCTOR SAMPEDRO BLANCO

VOCES DEL 11-M

Víctimas de la mentira

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 4.

© Víctor Francisco Sampedro Blanco, 2024
© Asociación 11-M Afectados del Terrorismo, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Iconografía: Grupo Planeta

Primera edición: febrero de 2024
Depósito legal: B. 989-2024
ISBN: 978-84-08-28349-2
Preimpresión: Realización Planeta
Impresión: Black Print CPI
Printed in Spain – Impreso en España



Índice

<i>Prólogo</i>	7
Pilar Manjón	21
Eulogio Paz	55
José Antonio Zarzalejos	82
Gumersindo Lafuente	110
Juan Jesús Sánchez Manzano	133
Rodolfo Ruiz	175
José Antonio Martínez Soler	203
Aitziber Berrueta	239
Víctimas de la mentira	263

Pilar Manjón

*Presidió la Asociación 11-M
Afectados del Terrorismo entre 2004 y 2016*

Nací en Cáceres y soy madre de Daniel Paz Manjón, asesinado el 11-M en la estación de El Pozo. Que yo era sindicalista lo dio a conocer *El Mundo* el día previo a mi comparecencia en la Comisión sobre el 11-M del Congreso de los Diputados. Sacaron un editorial dedicado exclusivamente a mí y mi militancia en CC. OO. A partir de ahí, se complícron las cosas. Hasta entonces era una ciudadana absolutamente anónima. Me conocían en Comisiones Obreras, donde entré muy joven en la clandestinidad. Pasados muchos años, salí elegida en las primeras elecciones sindicales para representar al personal laboral del Ministerio de Defensa.

La militancia

Para los adalides mediáticos de la conspiración, que yo fuese sindicalista suponía un demérito. ¿También mi militancia antifranquista me invalidaba para hablar en nombre de

las víctimas del 11-M? En su momento, llegué a preguntar a mis compañeros si es que habían ilegalizado Comisiones y no me lo habían comunicado. Representar al sindicato en un ámbito como el Ministerio de Defensa (precisamente ahí y no en otro sitio) y siendo, además, mujer, fácil no era. Más aún en aquellos años, aunque ganáramos por mayoría absoluta.

¿Desde qué ideología me podían reprochar ser sindicalista y, por eso, considerarme demasiado politizada? Pedro J. Ramírez escribió todo lo que le dio la gana. ¿Porque estaba afiliada a Comisiones y no a otro sindicato? Mi respuesta siempre ha sido la misma: ¿no se puede ser sindicalista, pero sí del PP o de la extrema derecha, como otras víctimas? Por ejemplo, quienes habían presidido la Asociación de Víctimas del Terrorismo (AVT). Una de las primeras presidentas, Ana María Vidal-Abarca, era militante distinguida de Alianza Popular, el partido del que proviene el PP. Y una las presidentas de la Fundación de Víctimas del Terrorismo (FVT) más recientes, Mari Mar Blanco, ha sido candidata y cargo representativo del PP desde que murió su hermano hace dos décadas. No las critico, no critico nada. Señalo la incongruencia de aplicarnos la etiqueta de «politizados» precisamente a nosotros. Y, de paso, la diferencia del reconocimiento social que se nos da.

Jamás llevé, y menos aún impuse, mi ideología, ni mi religión, ni nada de eso por bandera. La asociación es, siempre fue, suprapartidaria y aconfesional. Así consta en el frontispicio de los estatutos y así actuamos, eso se cumple a rajatabla. Nunca surgieron conflictos sobre estos temas en las asambleas ni en ninguna otra ocasión. Y a mí o a quien

me sucedió como presidente siempre nos dio igual decir lo que tocase ante el PP, el PSOE o quien fuese.

El que no quiera entender o rechace mi etapa antifrancquista allá él o ella. Es mi responsabilidad y mi orgullo haber militado donde quise y decidí. Después entré a trabajar en el Ministerio de Defensa y tuve a mis dos hijos muy joven, con veintidós años. Uno tiene cuarenta y dos. Y Daniel, asesinado el 11-M, habría cumplido cuarenta años el pasado 19 de diciembre.

El atentado e Ifema

El día del atentado estaba en mi casa a las 07:30, cuando Daniel se marchó. Iba a ir al precongreso de Comisiones, que empezaba a las 08:30; si no, no hubiera visto a Daniel a la hora que se fue. Aproveché para terminar de hacerle la comida. La última comida, su última hora de vida. Me despedí de él, su perra también. Y después vino la vorágine, oyendo a Iñaki Gabilondo.

La primera noticia que dio fue que había ocurrido algo en Santa Eugenia. Eso está antes de la parada de mi casa, en Villa de Vallecas. Así que me dio una taquicardia. Daniel se había ido. Llamé a mi otro hijo, que estudiaba por la tarde. Le desperté y, a partir de ese momento, nos pusimos a buscar a Daniel como locos.

En el estado de nervios que tenía, no podía ni conducir. Cogió el coche mi hijo y, cuando vio lo que había en la estación de El Pozo del Tío Raimundo, me dijo: «Mami, te llevo a casa. Si el niño llama, va a llamar allí. Y no va a haber

nadie». Me llevó. Pero fue porque vio lo que había allí, en El Pozo: uno de los puntos donde hubo más asesinados y heridos y al que aún no habían llegado los efectivos sanitarios ni policiales.

Ya en casa empezó a correr la voz por el bloque. Los vecinos llegaban con tilas, con no sé qué... Y yo lo único que quería era que sonara mi teléfono. Y que mi hijo me llamara. A las 11:00 volvió el mayor. Me cogió de la mano y me dijo «Vamos a ir al Gregorio Marañón, que allí tienen la lista de a dónde están llevando los heridos».

Efectivamente, en ese hospital había una sala inmensa. Creo que era el Aula Magna... Allí estuvimos horas y horas. Iban leyendo nombre tras nombre, pero el de mi hijo no lo decían nunca. Nunca. No sé a cuanta gente pedí y rogué: «Por favor, buscad a mi niño». En ese intervalo llamé a su padre y le dije: «Daniel no aparece». Luego se vino al Gregorio Marañón y allí estuvimos.

En este tiempo recuerdo haber visto pasar a los reyes, que, con todos mis respetos, lo único que hicieron fue estorbar, porque llevaban mucha escolta. Pararon en la entrada de la puerta de Urgencias; aquella puerta, desde mi punto de vista, tendría que haber estado siempre, en todo momento, libre para las ambulancias y los coches particulares que llegaban con heridos muy graves. Pero esta es mi opinión.

A las 14:00 o a las 14:30 horas nos enteramos por el boca a boca de que habían organizado todo en el Ifema, y allá que nos fuimos. No recuerdo hasta qué hora estuvimos. No sé qué hicimos ni cómo llegamos. No lo recuerdo. Solo que los taxistas se portaron con nosotros de maravilla, ofre-

ciéndonos sus servicios gratis. Yo seguía acercándome a cualquiera, a quien fuese, para que me dijeran dónde estaba mi hijo. Te escuchaban, se iban y no volvían. Con el paso del tiempo lo vi claro: debajo de nosotros habían improvisado un tanatorio del que no supimos nada hasta bien entrada la noche.

En Ifema, aquello era un caos. Después de un tiempo, me senté en el suelo. Conseguí un teléfono, no sé dónde, y me dio por llamar a los hospitales. ¿Qué otra cosa podía hacer? Pero, claro, tampoco te atendían en aquellos momentos. La prioridad eran los mil y pico heridos y evacuar a los muertos que llegaban a los centros médicos.

Estuvimos en Ifema, no sé, muchas, muchas horas. Calculo que, como a las 22:00, aparecieron los amigos de mi hijo, compañeros del colegio y de la facultad, los míos del trabajo, amistades... y demás familiares, míos y de su padre. Mi jefa se portó genial. Yo trabajaba en el Instituto Nacional de Técnica Aeroespacial, en Informática. Y recuerdo que la responsable de mi servicio dijo que se aparcará el trabajo y que todo el mundo se pusiese a buscar a mi hijo en los hospitales. Esperando noticias de Daniel, éramos muchísimos.

Ya por la noche, después de las 22:00 o las 23:00, no sé (el tiempo volaba o se hacía eterno), nos pusieron en salas individuales por apellidos. Ahí fue donde encontramos a gente que estaba buscándonos en otras salas. Y pasamos toda la noche. No te podías mover. Si ibas al cuarto de baño o a dar una vuelta a que te diera el aire, acababas en una zona vallada. Era un sitio donde, supuestamente, te dejaban en paz para descansar la cabeza o pensar un rato a solas.

Pues resulta que por allí pululaban todas las sectas del mundo. Todas.

Recuerdo con estupor y horror que se me acercó alguien preguntándome a quién buscaba. Le dije: «A mi hijo. ¿Y usted?». Y me respondió: «No, no, nosotros somos del Opus Dei». Le dije, entonces: «Me parece perfecto. Pero ¿qué hacen ustedes aquí?». Y respondió: «Hombre, acompañar». No pude reprimirme: «¿Esto se lo ha mandado su Dios? Pues le dice de mi parte que no tengo ninguna cuenta con él».

Seguí encontrando personajes extrañísimos. Uno que hacía un programa en Televisión Española cogió la tapadera de una caja de folios sobre la que puso tres o cuatro vasos de agua, o de lo primero que pilló, como si llevara una bandeja. Esa era su excusa para meterse en los cuartos. Había un descontrol total. Aquello era buscar el puro morbo. Cuando te enteras de quién estaba a cargo de la organización... en fin, lo entiendes todo.

Lo más espantoso eran los gritos que se oían a las dos o tres de la madrugada en el silencio de la noche, solo roto por el llanto. «¡Hijos de puta! ¡Hijos de puta!». No se me han olvidado, no los olvidaré nunca. Se me quedaron grabados.

Luego, o antes, no lo recuerdo, nos llamaron para que bajáramos a una sala oscura y siniestra. Debía de ser una entreplanta. Habían organizado los restos y enseres recogidos en los distintos puntos del atentado en tres montones: uno era el círculo de El Pozo, otro el de Atocha-Calle Téllez y otro el de Santa Eugenia.

Te hacían bajar a ver si encontrabas algún objeto del ser

querido que buscabas. Nosotros encontramos la cartera de Daniel. Chamuscada y sin carnet. Llevaba dentro dos entradas. Esa tarde jugaba en Madrid la selección de hockey hierba las semifinales del preolímpico de Atenas. Todo lo que fuera deporte era su pasión. Imagino que pensaba ir con Beatriz. Dinero no había, aunque había salido con él de casa, igual que con carnet. No entiendo por qué se lo sacaron de la cartera, porque mi hijo estaba perfectamente reconocible. Y, de tener el carnet, no habiéramos pasado siete días y siete noches esperando su ataúd.

A Daniel se le reconocía perfectamente. Me lo aseguró Carmen Baladía, la jefa del equipo de forenses. Cuando me entregaron a mi hijo le dije: «Júrame, aunque no sea verdad, que mi hijo no sufrió». Me contestó: «Te lo prometo, Pilar. Tu hijo tiene cara de paz. No se enteró de nada, iría leyendo». Siempre me lo imagino así. Habría cogido el *20 Minutos* en la entrada de la estación y lo leería tan tranquilo, con sus gafas recién compradas, hasta que llegara al destino.

Cuando me dieron la autopsia, supe que le habríamos identificado de haber bajado. Pero, bueno, eso ya fue al día siguiente. Pasamos toda la noche en aquellas condiciones. Pedí un taxi para ir a ducharme a mi casa. Una ducha y listo, vuelta al Ifema. Las pertenencias de Daniel estaban en el grupo de víctimas de El Pozo. Y, sabiéndolo, ya podíamos calcular que había muerto en un intervalo de diez, quince minutos desde que salió de casa.

¿No se le podía haber desatado una zapatilla, haberse tenido que parar y perder ese tren? Es lo que siempre he dicho. Y me lo he repetido muchas veces. Pero estaba escrito. Él nunca se metía en el segundo vagón. Siempre entraba

en el primero, porque le llevaba directamente a Nuevos Ministerios. Salía por la primera puerta y ahí estaba la parada del autobús de la universidad. Ese día, Daniel iba en la parte de arriba de un vagón de dos pisos. Me lo contó un superviviente que iba sentado debajo.

Asociación de afectados, que no víctimas

Yo abría la puerta en la asociación. Me sentaba a la mesa y recibía a las víctimas. Así que conozco a muchísimas; claro, a casi todas. Hablo de cuando pudimos alquilar el local que todavía pagamos, porque ninguna administración nos ha concedido uno aún. No hemos tenido la suerte de otras asociaciones. Me sentaba en la entrada, como estoy ahora delante de ti. Llegaba una víctima, y lo normal: le preguntabas en qué tren iba y qué le había pasado. Con todas las personas que he recibido, jamás nadie, nadie, ni una sola vez, se desahogó contándome lo que vio. La empatía entre las víctimas existe. Estaba en la puerta, me sentaba con ellas y llorábamos juntas.

Recuerdo una historia curiosa, la de un hombre que iba en el primer vagón de Atocha. Le extrañó mucho un árabe muy alto, que luego resultó ser uno de los hermanos Oulad Akcha que se suicidaron en Leganés. El hombre me contó que aquel tipo llevaba una mochila grande, que la dejó en el suelo y que pensó que no iba a dejar a la gente entrar y salir. Pero, antes de cerrar las puertas, aquel señor se tiró al andén y dejó la bomba en el tren. Fue la que estalló en el primer vagón de Atocha. Y me decía: «¡Fíjate qué tonto soy, Pilar!

¡Y yo agarrado a los papeles de mi empresa! Que no se volaran, que no les fuera a pasar nada».

Una de las cosas que nos diferencian a los del 11-M de las víctimas de ETA es que un 30 % de nosotros eran inmigrantes sin papeles. Y claro, esos, nada de nada. En principio no iban a recibir ninguna pensión ni ayuda. Nada de nada. Pues que se sepa y se recuerde siempre: fueron los primeros en volver a entrar en los trenes después de las explosiones. Se metieron a ayudar, a riesgo de que hubiera más bombas. Muchos volvieron, a sacar gente.

Creo que no se podían ir de allí oyendo el clamor de los heridos. Aunque, según decían, lo que más se oía era el silencio. Casi todos quedaron afectados de sordera, acúfenos, estrés postraumático... También es cierto que bastantes, muchos migrantes sin papeles, no fueron a los hospitales ni a la policía para no tener problemas. En resumen, que ni siquiera sabemos el número exacto de víctimas.

Uno de los primeros problemas que afrontamos en la asociación fue el de las quince parejas de hecho que había entre nosotros. Nos agarramos a la jurisprudencia del Yak-42 para sostener que contábamos con precedentes de pensiones para parejas no casadas. Cuando tomó posesión el Gobierno de Zapatero, empezamos a tramitarlas. Me acuerdo del caso de Andrés con mucho cariño. Su pareja había fallecido en el atentado y su hija tenía veintitrés años. Nos preguntaba: «¿Cómo quieren que lo demuestre? Iré con ella cogida de la mano y diré: “Miren, esta es mi hija. ¿No les queda claro?”». El trato que se nos daba era tan incongruente que tenía estas cosas. Se metían en las opciones personales y las cuestionaban. Algunos no se habían querido casar, pues ya está.

Desde el primer momento preferimos identificarnos como *afectados*; la etiqueta de *víctimas* no encaja con nosotros. Nuestro nombre lo deja bien claro: 11-M Afectados del Terrorismo. Una vez que aceptas llamarte víctima, no te quitas de encima la etiqueta. Es una forma de revictimización. ¿Me vas a llamar, tratar y, al final, estigmatizar como víctima de por vida? Sufrimos las consecuencias de las decisiones que tomaron otros. Pero, al menos, permítannos considerarnos *afectados*. Afectados por un acto de terror. Porque yo no soy víctima. ¿Qué clase de víctima sería? ¿Viuda de un hijo? Esto es cuestión de afectos y, por tanto, de afectados. Te lo puedes aplicar tú o quien sea; con distintos grados, claro.

La primera presidenta de nuestra asociación fue Clara Escribano, que cogió el tren en Santa Eugenia. Estalló el vagón de detrás del suyo y sufrió heridas leves. Creo recordar que trabajaba de enfermera. Le sucedió Jesús Ramírez, para presidir la gestora que organizó las siguientes elecciones. Ya contábamos entonces con estatutos nuevos, específicos. Los primeros creo que se habían copiado de una asociación de vecinos, con algún añadido. Nadie entendía de estas cosas. Pero para inscribirnos como asociación era necesario presentar algo y aquello sirvió de momento.

Para sorpresa nuestra, en octubre de 2004 (dos meses antes de que finalizase la Comisión de Investigación en el Congreso), se creó la Asociación de Ayuda a las Víctimas del 11-M, hoy llamada Asociación de Víctimas del 11-M. Se definían como «víctimas», y la palabra «ayuda» remarcaba su carácter asistencial. Tres años después, solo representaron a ocho víctimas en el juicio. Nosotros llevamos en torno a mil quinientos casos.

En la génesis o nacimiento de esa asociación está Esperanza Aguirre. Les concedieron de inmediato un local cerca de la Casa del Reloj, con medios, abogados, psicólogos, trabajador social... Tenían de todo y apenas representaban a gente. Se vio en el juicio. Repito que, al dejar la presidencia, éramos mil quinientos y, además, auditados; cosa que no podía decir ninguna otra asociación. Nuestros números han ido creciendo, con independencia de los socios que se han marchado de Madrid. Hay gente que ya no aguanta esta ciudad.

La Comisión de Investigación

Íbamos a manifestarnos ante el Congreso los días que se reunía la Comisión parlamentaria. Lo hacíamos por una razón bien sencilla: hablaban de nosotros y nunca recibimos ni una invitación, ni un acta de las sesiones, absolutamente nada. No sabíamos qué estaban haciendo, solo lo que nos contaban los medios... Y de aquella manera. Decidimos hacernos visibles reuniéndonos en la puerta del Congreso. Nos dijeron que no podíamos estar ahí y nos mandaron a la Puerta del Sol. Creo recordar que íbamos un día a la semana y en la plaza formábamos una cadena o grupos.

Relacionado con esto, recuerdo que, un día, un grupo de socios fue a la sede de la Comunidad, que está cerca de Sol. No tengo claro lo que iban a solicitar. Estaba en la entrada. Y Esperanza Aguirre, como de pasada, les dijo que teníamos mucha suerte, porque nuestras indemnizaciones eran mejores que la lotería, ya que no cotizaban en Hacien-

da. Nada más. Esta fue la única frase que nos dirigió Aguirre en veinte años. Pero volvamos a la Comisión.

Recibimos una carta un tanto amenazante del Congreso. Nos decían que, si no asistíamos a la Comisión parlamentaria, nos arriesgábamos a recibir una pena de cárcel. Pensamos: «¿De qué van?». Después de lo que estábamos pasando y habiéndonos dejado sin saber nada de nada, ¿nos amenazáis? Así que debatimos largo y tendido si íbamos. Muchos eran partidarios de que no y de que nos lo diesen todo investigado, ya que no nos habían dejado participar.

Esa fue la primera postura y la más apoyada. Pero cambió cuando el PP nos vetó. Entonces, claro que fuimos e hicimos una lluvia de ideas. Partíamos de preguntas así: «¿Cómo se lo explicarías tú a una niña de cuatro años, que ese día perdió a su... a su madre, y que con cuatro años no entiende nada... que no sabe que su madre no va a volver? ¡Explícaselo!». Me acuerdo de que tomaba notas sin parar. Soy muy de anotar mientras otros hablan.

Entre muchos y muchas, aquello tomó forma y se convirtió en la ponencia que leí en el Congreso. Me tocó participar la última en la Comisión. Antes habían intervenido Aznar y Zapatero. Y allá que me fui con un portátil de aquellos chiquitos, para revisar las notas. No nos permitieron acercarnos a los leones ni a la puerta. Acabé sentada en la calle, en el bordillo de la acera, porque allí podía seguir escribiendo. Y ahí ocurrió otra movida curiosa.

Estábamos en un lugar muy estrecho, que daba a la entrada de un parking. Como se había escrito que en la comparecencia de Aznar habíamos ido con las manos rojas, tuvimos que soportar que alguno de los que bajaban a por el

coche nos insultara y dijera que nuestros hijos estaban bien muertos. Llevábamos la foto de cada uno de los nuestros prendida en el pecho. Siempre me he preguntado si esas personas habrían ido a la manifestación del día 12.

Nos presentamos aquella mañana del día 15 diciembre en el Congreso. Dos días antes habíamos solicitado una sala para que me acompañaran algunas víctimas y estar un poco arropada. Aquel no era mi sitio y no quería estar sola, ni sentirme tan insegura. Ni siquiera nos contestaron. No nos dieron ninguna sala. Y hay que agradecerle al diputado de Asturias por Izquierda Unida, Gaspar Llamazares, que nos ofreciese su despacho. Acabó convertido en el camarote de los hermanos Marx. Las víctimas seguían mi discurso desde la tele que tenía allí.

Cuando entré al Congreso nadie salió a recibirme, excepto un ujier que me dijo por dónde tenía que ir. A pesar de todo lo que pasé, guardo un recuerdo muy bonito de la gente del comité de empresa o la Junta de personal. Me hicieron un pasillo y, mientras pasaba, decían: «Ser sindicalista no es un delito». Así entré y salió a recibirme el presidente de la comisión, el diputado canario Paulino Rivero. Y va y me dice que le dé la carpeta, que quiere saber qué voy a decir.

— Lo que consensuamos ayer es lo que voy a leer. Y si no tengo la libertad de leerlo desde la tribuna, desde donde han leído el resto de los que han intervenido, tengo fotocopias. Se las reparto a la prensa y me marchó.

— No, no, es que queríamos saber qué es lo que usted va a decir.

— Pues, cuando yo hable, escuche.

Se fue y me tuvieron allí no sé cuánto tiempo, que se te hace eterno. ¿Una hora en aquel pasillo? Eso, por lo menos. Hasta me sé cómo eran los dibujos de la alfombra. Luego ya lo comprendí. Habían estado negociando con el PP para que también acudiese el representante de la AVT, Francisco Alcaraz. Debió de ser porque nosotros no podíamos tener la última palabra en la Comisión. Si no, aquello no tenía ningún sentido. ¿Qué hacía yo allí de pie? Sin una sala ni una silla para sentarme. Lo supe cuando vi que detrás de mí entraba Alcaraz. Se le esperó hasta que llegó de donde fuera que estuviera.

Entré con el presidente de la comisión y, cuando subí al estrado, me dejaron sola. Me encontré en la mesa soltando mis papeles. Y con las manos me agarré a un fular que llevaba. No sabía dónde estaba ni qué tenía que hacer... Muchos flashes y, por fin, el presidente dijo: «Tiene la palabra doña Pilar Manjón, en nombre de la Asociación 11-M Afectados del Terrorismo».

Estaba muy estresada, me había puesto muchísimo más nerviosa durante aquella espera. Para entonces, casi todas las televisiones se habían marchado. Lógico, porque primero quisieron que fuese a puerta cerrada (a lo que me negué) y porque habíamos perdido una hora. Arranqué a hablar y leí nuestra propuesta. Como prácticamente me lo sabía, pude levantar la cabeza varias veces y, cuando lo hacía, me llamaban la atención muchas cosas.

Una chica del PSOE y Labordeta estaban llorando. No entendía nada. Y por parte del PP estaban Vicente Martínez Pujalte, Eduardo Zaplana y no sé quién más... leyendo la prensa económica y riéndose. Bueno, lo que todos pudimos

ver luego. Después de la intervención, cuando acabé, se me hizo difícil salir. La prensa no me dejaba y yo estaba muy agobiada... Aún no me había ido y ya estaba hablando Alcaraz alentando la teoría de la conspiración. En la puerta me pidieron entrevistas, pero ahí yo ya estaba ida por completo.

Agresiones a una víctima de tercera

Me arrepentí muchas veces de haber ido al Congreso. Si ya éramos víctimas de segunda, a mí me convirtieron en víctima de tercera. Los días previos a los aniversarios del 11 de marzo llegaban archivos de PowerPoint con mucho peso, que yo no abría. Eran fotos de la masacre, cadáveres sin cubrir. Creo que me pusieron escolta en 2005, cuando empezaron las amenazas de muerte. Llevé guardaespaldas ocho años.

Entre quienes me agredieron había un miembro de las juventudes del PP. Sus improperios no bajaban de «Protoetarra, terrorista. ¡Qué bien te vino que reventaran a tu hijo!». Otro era profesor de Educación Física. Aquello me dolió en el alma. Le pudimos localizar y averiguamos desde dónde escribía. Todas las mañanas entraba a las ocho en el *e-mail* del instituto. Me insultaba, me amenazaba de muerte y apagaba el ordenador. Después se iría a dar clase tan tranquilo en un centro, creo que de Parla. Así que llamé a la directora y le mandé todo lo que su profesor me había enviado. Me llamó llorando, no daba crédito. Nunca más supe de él. Por lo menos me di el gusto de que sus compañeros y compañeras supieran con quién convivían.

Las cosas empeoraron cuando ya no llevaba escolta. La tuve solo mientras gobernó Zapatero. El domingo 20 de noviembre de 2011 se celebraron las elecciones que ganó el PP. El lunes de la semana siguiente por la tarde me llamó del Ministerio del Interior el jefe de Seguridad, y me comunicó que, para el martes, ya no dispondría de «los funcionarios», que es como llamaban a los escoltas. Los dos eran policías. Le dije: «Vale. ¿Y la razón?». «Que ETA ya no mata».

Cuando aún llevaba guardaespaldas fui a la presentación de un libro del que no recuerdo el título. Y los escoltas tuvieron que actuar. Apareció de la nada un tío que venía a por mí... Durante el juicio me destrozaron el coche a patadas, y eso que siempre aparcaba en la zona vigilada. Lo cambié porque me daba miedo, estaba ya muy identificado y me lo habían destrozado. Me compré otro coche. A los pocos meses lo aparqué en Santa Eugenia. Allí no tenemos parking y lo dejamos donde todo el mundo. Por la noche fuimos a cogerlo y nos encontramos con que tenía una pintada que ocupaba todo el capó con la palabra «puta». Podría seguir así un buen rato. ¿Para qué?

Los ocho años con escolta tampoco fueron fáciles. La policía me dejó muy claro que, en la asociación, me tenía que sentar siempre mirando a la calle, que tenía que controlar las puertas desde dentro. Hubo que poner cortinas en el local, un abridor de la puerta desde el interior... No podías ni cruzar a la farmacia, que está en la misma plazoleta. Ni eso me dejaban hacer sola. Apliqué a rajatabla todos los consejos y las claves que me dieron: subir las escaleras y dar la luz cuando entras en casa y has cerrado la puerta con llave. Entonces es cuando los escoltas pueden arrancar el coche e irse a sus casas. Estar amenazada significa no tener

vida propia. Es un sinvivir, andas todo el día pendiente. Tampoco querían que habláramos mucho por teléfono para que no nos localizaran. Fueron ocho años muy muy complicados. Y los siguientes, como te decía, sin escolta, a partir de Rajoy, aún peores.

Guerra y mentiras

Mi hijo Daniel fue el primero en el barrio que colgó en su balcón una pancarta contra la guerra de Irak. «No a la guerra». ¡Era tan bonita! Con ella fuimos a todas las manifestaciones. A oponernos a una guerra desatada por unos pozos de petróleo y unas armas de destrucción masiva que nunca existieron.

Ni Aznar, ni Acebes, ni Zaplana son responsables de la muerte de mi hijo. Pero, si creían que había que suspender las elecciones por un atentado de aquella magnitud, que las hubieran desconvocado. Yo no tenía capacidad ni poder para hacerlo. Tenía un hijo que quería votar. Sí considero responsables, en concreto, a Aznar y a los otros tres de las Azores, de tomar decisiones no aprobadas por los organismos internacionales. Lo decidieron porque sí, por interés propio y sin adoptar las medidas necesarias para proteger a su ciudadanía.

Mintieron desde el primer momento, a sabiendas del riesgo y por electoralismo puro y duro. Creyeron que ganarían si mantenían la mentira sobre la autoría de ETA hasta las elecciones. Ellos las daban por ganadas y, al perderlas, intentaron cambiar el foco. No podían asumir que habían

perdido por sus mentiras. Tenían que atribuir su fracaso a «cuatro muertos de mierda», que era lo que, en realidad, nos consideraban.

Fueron ellos, el Gobierno de Aznar, quienes enviaron el famoso escrito a todas las embajadas para que mantuviesen que había sido ETA. Aznar les aseguró lo mismo, personalmente y por teléfono, a todos los directores de periódicos. No hace falta pensar que hubiera segundas o terceras personas responsables de la mentira. Ni el CNI, ni los servicios secretos marroquíes o franceses... ni yo qué sé.

El pueblo entendió que le estaban mintiendo. Bastaba con ver las teles extranjeras. No me creo que Rubalcaba convocara a la gente el día 13 frente a las sedes del PP. Me lo desmintió en persona tiempo después. Lo de la calle Génova frente a la sede del PP tenía que explotar. ¡A ver si así se enteraban y decían la verdad! ¡Y bien tarde que ocurrió!

La verdad es que, luego, la infraestructura para el tema yihadista cobró unas dimensiones considerables. Nombro a Dolores Delgado fiscal especial, porque los atentados de este calibre no los puede llevar un fiscal de turno.

La conspiranoia, tapadera electoral

Los problemas de descoordinación entre las distintas policías y cuerpos de seguridad fueron obvios. El CNI estaba completamente apartado y se le desoyó. La Guardia Civil cometió errores muy graves en la custodia de los explosivos y con los confidentes. Y si tú te guardas lo que sabes y yo hago lo mismo, pues al final volverán a pagar los de siem-

pre. ¿Quién te dice a ti que no vuelva a haber un atentado yihadista? Ya llevamos tres. El último de Barcelona iba a tener unas proporciones enormes. Esto sigue estando cogido con pinzas, faltó la coordinación necesaria.

Donde primero se hicieron patentes las carencias fue en que los efectivos llegaron muy tarde a los escenarios de las explosiones. Tenemos el testimonio de Javier, una víctima que fue a El Pozo a dejar a su mujer en el tren. Después iba a trabajar. Y, entonces, oyó el estallido. Volvió a la estación. Y Javier cuenta que allí no llegó nadie hasta que pasó muchísimo tiempo.

Tampoco se coordinaron cuando apareció la furgoneta en Alcalá, y no la llevaron a la sede central de la policía, sino a otra comisaría. Y nadie entiende por qué. Se suceden las incongruencias y los errores, pero de ahí a elucubrar que alguien escondió evidencias o manipuló pruebas periciales... Tengo el mismo derecho a elucubrar que ellos porque, entre otras cosas, ya no tengo un hijo.

Estuve siete días encerrada en mi casa, y claro que hay muchísimas cosas que no te encajan. Pero había momentos que, si tuviésemos ganas y fuerzas, provocarían risa. Destaca el esperpento de defender que fue ETA por haber encontrado una cinta de la Orquesta Mondragón, que ni siquiera era tal. Pero, vamos, que la conspiración realmente fueron los tres días antes de las elecciones y las muchas legislaturas de mentiras. Lo explica muy bien el documental *72 horas, del 11M al 14M*, de Canal Historia.⁸

8. Mar Abellán, *72 horas, del 11M al 14M*, History Channel Español, 2005.

Los infundios sobre Rodolfo Ruiz, el comisario de Vallecas (que custodió la mochila de El Pozo) y Juan Jesús Sánchez Manzano, el comisario jefe de los Tédax, intentaban responsabilizarles de una descoordinación y de errores que les eran del todo ajenos. Cumplieron con las órdenes y los protocolos. Y, aun así, no les han podido decir cosas peores. Les concedimos el Premio por la Memoria y la Paz de nuestra asociación, por todo lo que han sufrido. Si no tanto como nosotros, parecido.

Una de las promesas que me hice es: «No vas a entrar en la teoría conspiranoica, a mirar si queda por aclarar esto o lo otro, y a desconfiar de todo y de todos». Porque eso es lo que quieren, obviamente. Y ya vale, ¿no? Lo digo así de claro y de harta, como con la última sandez del excomisario José Manuel Villarejo. Que ya ni le sigo. Como decía mi madre, que tenía mucho sentido del humor: «A ese señor no le cambian nunca la carpeta, ni se la quita de la boca. No te puedes fiar de él». Pues eso, nada que añadir sobre sus teorías de si los servicios secretos marroquíes se compincharon con los franceses, el yihadismo y no se sabe quién más. ¿Todos actuando en comandita el 11-M?

El 12 de marzo aún buscaba a mi ser querido para acabar descubriendo que ya no estaba conmigo. Y ese mismo día hubo una manifestación oficial con el lema «Con las víctimas, con la Constitución y por la derrota del terrorismo». Convocaron a la población justo la noche previa a la jornada de reflexión electoral. Nunca me ha gustado esa utilización de las víctimas. ¿No podían haber esperado a que pasaran las elecciones? ¿A qué venía tanto énfasis en quién y por qué las ganó? Y, después, que si Zapatero había llegado al Gobierno

en un tren de cercanías, que si había entrado en la Moncloa manchado de sangre... Podrían haber dejado todo aquello, haberlo aparcado antes y después de las elecciones, para siempre... Y haber preguntado cómo nos encontrábamos las víctimas que estábamos en Ifema. Yo, al menos, creo que estaba allí haciéndome la prueba de ADN para reconocer a mi hijo.

Aquella manifestación fue un acto electoral desesperado y el inicio de la ruptura del Pacto Antiterrorista, que habla bien claro de no utilizar a las víctimas con fines partidistas. Tampoco sé qué pintaba la Constitución en la pancarta, a no ser que se tratase de otra pelea más con los separatistas. Lo de añadir al final de la pancarta «por la derrota del terrorismo», bueno... Me imagino que a algún iluminado se le ocurrió que las tres cosas juntas iban bien. La pancarta empezaba invocándonos, «con las víctimas». Aunque ahí iban muy pocas; prácticamente ninguna. Los heridos seguían en los hospitales. Los dados de alta estaban en sus casas, probablemente agarrados a un cojín y llorando. Y los asesinados se apilaban en Ifema. Había muchísimas otras cosas que hacer, porque manifestaciones contra la guerra ya habíamos hecho muchas.

Solo con ver la cabecera te dabas cuenta de que era un acto político, como lo fue el funeral en la Almudena, oficiado por un obispo integrista. Los funerales de Estado debieran ser laicos, porque así lo dice la Constitución, donde caben más visiones de España, que no tiene que ser católica por narices. Tendremos que convivir con los que están llegando con otras religiones y otras formas de ver la vida. Hay que integrar. Si integras, convives y el otro deja de ser tu enemigo.

Hostilidad partidaria; solidaridad civil

Me cuesta hablar de la enemistad y la frialdad que el PP mostró hacia nosotros. Y siento decir que apenas hubo diferencia entre familias o miembros del partido. Recuerdo uno de estos actos que se celebran en el Congreso de los Diputados el Día de las Víctimas del Terrorismo, que cae a finales de junio. Solamente hablan los parlamentarios y, cuando acaba la intervención de las asociaciones, que solía hacer la presidenta de la AVT, se baja al Salón de los Pasos Perdidos. Rajoy ya era presidente y estaba por ahí. Así que le dije a mi acompañante que si íbamos a saludarle. «Buenos días, señor Rajoy». «Hola, buenos días. Pues nada, aquí estamos, a ver si acaba pronto esto, que esta tarde hay fútbol». Nos dimos la vuelta y le perdimos de vista. Una empatía increíble.

Creo que todavía tienen clavado que perdieron las elecciones del 2004 por nuestra culpa. Pero nosotros no queríamos sufrir un atentado. No escogimos perder la vida de nuestra gente. No hubo en su momento ni hay ahora un solo político o cargo del PP, incluido el sector más liberal, que nos llamase y preguntase cómo estábamos, qué podíamos necesitar.

Tengo que agradecer a Zapatero que en sus ocho años de gobierno las subvenciones del Ministerio de Interior fueran idénticas, con los mismos céntimos, a las que recibía la AVT. Pero, nada más entrar Rajoy, nos quitaron más de un 33 % de esa subvención. Y fue entonces cuando dije que apenas teníamos dinero en la asociación para pagar la luz, los alquileres, las camas calientes o llenar los frigoríficos de las víctimas.

Ese fue un momento muy duro. Por ejemplo, cuando ya teníamos las terapias psicológicas en marcha, llegó a la asociación una psicóloga y me dijo: «Oye, tengo a una paciente que lleva dos terapias sin venir». «¿Y le has llamado ya?». «Sí, pero dice que no tiene saldo en el móvil y no podemos quedar». Así que fue a su casa. No tenía dinero para el abono de transporte, el frigorífico estaba vacío y vivía con tres niños a su cargo. Nos vino con un recibo de la compra con yogures, leche, pan y cosas básicas. Pero eso no vale como factura para recibir una subvención o ayuda. No te la admiten y, como nosotros no tenemos cuota, a ver dónde colocas gastos así.

Muchas veces hemos pagado camas calientes. Significa que estás todo el día en la calle y hasta las diez no puedes subir. Y, a las ocho, arriba; que entra otro a dormir en esa cama. Ha sido así para una de cada dos o tres víctimas migrantes, que eran irregulares. Si antes lo tenían complicado, con las secuelas no te quiero ni contar.

Son las cosas que nos diferencian de las víctimas de ETA. Todos nos sentimos iguales en el dolor, de eso no cabe la menor duda, y nos reconocemos de modo fraterno en ese dolor. Pero un tercio de nuestras víctimas y afectados eran extranjeros sin papeles. Y se quedaron sin nada de nada. No es lo mismo que un guardia civil, policía, concejal o periodista víctima de ETA. Todas esas personas dejaban una pensión a sus viudas y viudos, incluso se les buscaba trabajo a sus hijos (como en el caso del atentado del Puente de Vallecas). El dolor es el mismo. Pero quedarse sin nada es quedar en la nada. Y ahí el agravio comparativo en el trato institucional es manifiesto.

Este ejemplo resulta bastante ilustrativo. Firmamos un convenio de colaboración con ocho ayuntamientos gobernados por el PSOE en la Comunidad Autónoma de Madrid. Aunque eran pocos, se mostraron proclives a ayudarnos. Con cada uno hacíamos proyectos individuales y, a finales de año, justificábamos la cuantía asignada con las correspondientes facturas. Pero, cuando cambiaron de signo político, solo se mantuvo la colaboración con Fuenlabrada, donde seguía gobernando el PSOE. A la pérdida económica hay que añadir que habíamos entregado en todos los ayuntamientos las facturas justificativas. Al final, o bien no nos devolvieron el importe, o lo hicieron fuera de plazo, dejándonos un agujero económico de más de 60.000 euros que, por supuesto, aún arrastramos.

Al vacío institucional del PP se añadía la equidistancia del PSOE. No fuera a ser que alguien dijera que éramos de su partido, o no sé qué. La consecuencia de ese doble desafecto fue el olvido. Pero el maltrato o la indiferencia institucionales no borrarán jamás todo el apoyo recibido y el cariño de la sociedad civil. No se me ha ido de la cabeza ni una de las muestras de solidaridad, de abrazo social. Como ejemplo, cuando estábamos en el juicio ocurrió algo maravilloso, aunque amargo. A la salida una señora mayor me entregó un sobre. Creí que contenía una carta de solidaridad. Al abrirlo, lloré de emoción: eran 20 euros que ella necesitaba más que nosotros, entre otras cosas para comprarse unas zapatillas. Nunca fuimos tan ricos en amor.

Las instituciones que se mostraron más afines fueron, por ejemplo, las catalanas. Allí hemos ido a sembrar árboles, un madroño, un árbol del amor, a recibir premios y

libros de condolencias que habían puesto para firmar en los ayuntamientos, etcétera. Y en el País Vasco nos concedieron el premio más prestigioso que dan y exhibieron nuestra exposición durante diez días en un local precioso mirando a la ría... Son cientos de premios, también de otros lugares. Tantos, que es imposible recordarlos todos. Los fuimos colocando en una docena de vitrinas y aún siguen llegando.

Memoriales y desmemoria

El reconocimiento y el abrazo ciudadano chocan de nuevo con los monumentos que nos han dedicado. Van más allá de lo que he contado. Basta pensar en el caso de Madrid. Al principio colocaron un arbolito por cada asesinado del 11 de marzo en un lugar inicialmente llamado *El bosque de los ausentes*. Después, los llevaron al Retiro, ya con nuestra propuesta de rebautizarlo como *El bosque del recuerdo* y con una placa referente al 11-M. Pero Alberto Ruiz-Gallardón la cambió por otra dedicada a todas las víctimas del terrorismo. Solo recientemente lo hemos solventado poniendo otra placa, alusiva al 11-M, y colocada sobre el riachuelo que bordea ese memorial.

Se supone que el monumento de Atocha era el principal. Nos vinieron a visitar tres personas del estudio que había ganado el concurso de ideas. Les dieron un premio de 48.000 euros y 4 millones de euros de presupuesto, que al final fueron 6,6 millones, tras el sobre coste. Era un estudio llamado Fascinante Aroma a Manzana de arquitectos muy

jóvenes y de muy buena familia; entre ellos un Colón de Carvajal. Hasta entonces eran desconocidos.

En 2015 denunciarnos que el Ayuntamiento de Madrid no había abonado el mantenimiento durante seis años. La instalación tenía goteras, se desprendían partes, la climatización no funcionaba porque no se conocían las claves informáticas para encenderla y no había presupuesto para arreglarla.

Iban a figurar los nombres de todos los asesinados el 11-M. Pero Esperanza Aguirre dijo que no, que había que poner frases. Hablamos entonces con el Alto Comisionado de Apoyo a las Víctimas del Terrorismo, Gregorio Peces Barba, que consiguió que se pusieran los nombres en una placa a la entrada. El monumento está dentro de la estación de Atocha, sin señalizar. Fuera de la estación hay una especie de cubo invertido, en plena rotonda, con los coches dando vueltas y la gente, imagino, pensando qué será aquello.

Prefiero el monumento que creamos, juntándonos cada jueves en la estación de El Pozo. Quedábamos con Carmen Pagés, que representaba a los artistas plásticos. Peridis, el arquitecto y viñetista de *El País*, venía con todo su equipo; el presidente de la Asociación de Vecinos, nosotros... Desde el primer momento nos encantó el proyecto. Tenía de todo: aire que pasa a través de los monolitos, una cubeta con agua cayendo como lágrimas y luz. Luego le pusimos otros símbolos, como los laureles del triunfo y la inmortalidad, al estilo de la antigua Roma. Duele que casi todos los 11 de marzo rompan algún cristal, y eso que van acorazados. Pero hemos conseguido convertir aquello en una plaza pública. Pasas y ves a los vecinos sentados.